

MÁRTIR DE LA CAUSA

MIGUEL MENA

Fragmento para comentario

Ocurrió cuando salía del edificio después de presentar a los oyentes un concierto de Beethoven y tras haber trincado un rollo de papel higiénico en el cuarto de la limpieza. La felicidad se le acabó justo cuando ponía el pie en la calle. En ese momento dobló la esquina el jefe y lo hizo con tanto ímpetu que se lo llevó por delante.

El director era un hombre muy corpulento. Parecía un boxeador, con los hombros como un armario y una barriga que le sobresalía medio metro. El choque entre aquella mole humana y esa especie de jilguero que era don Frasquito se saldó con éste último rodando por los suelos. El señor Benedí salió despedido por el impacto, y junto a él, envuelto en celofán amarillo, también rodó un rollo de papel higiénico, marca «El Elefante». Pero «El Elefante» no pudo con el hipopótamo. El jefe se impuso en el choque con una insultante fortaleza. Apenas apreció que había arrollado a un hombre; todo su interés tras el tropezón se concentró en aquel artículo que rodaba sobre la acera.

—¡Coño! —exclamó—. ¿y ese rollo de dónde ha salido?

En una circunstancia así hay que apelar a todos los resortes de supervivencia. Don Frasquito tenía que haber dicho que lo compró con sus ahorros o que se lo regalaron por su cumpleaños y lo sacaba a pasear cada día; cualquier cosa menos delatarse. Pero no hizo nada de eso. Se sintió descubierta, se sintió irremediabilmente atrapado, y en lugar de recurrir a una mentira piadosa prefirió implorar piedad con un argumento sincero pero poco práctico:

—Compréndame —susurró mientras se incorporaba—. No puedo más. En la pensión donde vivo nos tenemos que limpiar con la prensa del día anterior, y a mí me da reparo pasarme las hojas del *Arriba* por donde usted ya sabe.

El pobre Benedí tenía alergia a los trozos de periódico cortados en cuadraditos y pinchados en un alambre, algo muy frecuente en los váteres de aquellos años, pero el jefe no pudo soportar aquella alusión tan guarra a su diario favorito, el órgano informativo de la Falange, el periódico que todo el mundo estaba obligado a leer en la radio. Siendo muy generoso, podía perdonar el desliz de don Frasquito como delincuente, pero jamás tragaría que mezclase la prensa del régimen con la mismísima mierda. Eso le hizo estallar en cólera:

—¡Fuera de aquí! —bramó el rinoceronte humano—. ¡Fuera o le doy una hostia que lo dejo estreñado hasta que se muera!